

EVACUACION

—DE LA—

Capital de la República

y residencia del Gobierno en San Luis Potosí.

1863.



Evaacuación de la Capital de la República
y residencia
del Gobierno en San Luis Potosí.

MAYO 31 DE 1863.

DURANTE el sitio de Puebla por el ejército francés, la ciudad de México había perfeccionado sus fortificaciones y hacía preparativos para su defensa, si bien con desaliento y flojedad, y contrariada por los elementos heterogéneos que se habían introducido en la administración, ingresando en ella varios individuos que hasta última hora militaron bajo las banderas de la *Reacción* y que, como era natural, simpatizaban con los invasores á quienes ayudaban, enervando cuanto podían las disposiciones del Gobierno, que por otra parte no eran de lo más activas; desalentando á los entusiastas con sus pláticas, y encareciendo las grandes dificultades que existían para que la Capital pudiera defenderse.

El que esto escribe no ha vacilado en lanzar el cargo anterior, porque es constante que al ser ocupada la Ca-

pital por los franceses, los individuos á que alude se presentaron inmediatamente á ponerse al servicio de la *Intervención*, ó bien en espera de los acontecimientos, se metieron en sus casas. Cuando se habían impuesto á la ciudad grandes sacrificios y molestias para fortificarla; cuando se había logrado reunir una artillería numerosa y respetable para su defensa; y cuando había sobrado tiempo para resolver sobre la conveniencia de defenderla ó evacuarla, vino á ponerse de nuevo á discusión este problema, que ya debía de hallarse resuelto, precisamente cuando la caída de Puebla; abatiendo el espíritu público, hacía el momento menos favorable para su discusión. Entonces convenía resolver enérgicamente que la Capital se defendiese á todo trance, abandonándola oportunamente el Gobierno para no servir de obstáculo, dejando encargado de la defensa á algún Jefe patriota y denodado.

Desde luego comenzaron los trabajos y las intrigas de los que se oponían á la defensa, lamentando hipócritamente la falta de elementos que se hacía sentir, y la imposibilidad absoluta de proporcionarlos.

Las razones que exponían los partidarios de la evacuación eran del tenor siguiente:

“Que la fuerza de diez mil hombres, con que contaba la ciudad, era insuficiente para defender su perímetro.

“Que la cantidad de cañones no era bastante para cubrir el mismo perímetro.”

“Que sostener un sitio sin contar con un ejército auxiliar, conduciría indudablemente, en más ó menos tiempo, á la pérdida de la plaza, y de consiguiente del *material de guerra* que ella encerraba.”

“Que la escasez de víveres no permitiría que se prolongara la resistencia por mucho tiempo,” etc., etc.

Examinando con calma las razones expuestas, se tendrá que convenir en que eran especiosas.

El perímetro de la ciudad podía reducirse hasta donde se quisiera, inundando aquellas partes que conviniese hacer inaccesibles al ataque; por consiguiente, los diez mil hombres eran suficientes para defender la parte ex-

puesta; pero hay que advertir, que no solamente se había de contar con ellos, sino también con la población de México, donde el que más y el que menos había vestido alguna vez el uniforme militar, sin que fuera un inconveniente la escasez de armas, que sin duda no hubieran faltado si se tuviera diligencia en buscarlas, y aprovechando las de los que sucumbieran, en proveer con ellas á los desarmados.

La experiencia ha venido á demostrar, después, que los diez mil soldados eran suficientes para defender el perímetro, puesto que los imperialistas, con un puñado de hombres, relativamente, y sin apelar á las inundaciones, pudieron resistir por largo tiempo el sitio que puso á la ciudad el General Díaz.

Los que conocen como se atacan y defienden las plazas fuertes, saben muy bien que solamente en los frentes atacados es en donde se aglomera la artillería para la defensa, y que en los demás frentes se colocan algunos cañones en los salientes de los baluartes, y tal vez en los de las medias lunas, para evitar una sorpresa.

Los frentes atacados generalmente son dos, ya sean los ataques ligados ó separados, y muy raras veces son tres.

Reducidos, pues, nuestros frentes atacables, y reduciendo también las piezas de observación, en el resto del perímetro no atacable á causa de las inundaciones, soy de opinión que había la suficiente artillería para la defensa.

En calidad, era superior en parte á la de Puebla, pues habían sido trasladados de Veracruz á Ulúa, cañones de á 24, de á 68 y de á 80, mientras que en aquella ciudad los mayores calibres eran de 16 y 24 de plaza.

Respecto del número, no puedo precisarlo por haberme hallado en el Ejército del Centro; pero sí diré que al evacuar la ciudad, llevó el ejército más de 70 piezas de batalla de todos calibres, que fueron las que pudo enganchar. Resulta, pues, que con las que dejó por falta de medios de movilidad, y todas las pesadas de sitio y plaza que no era posible mover, había suficiente artille-

ría para cubrir los frentes que se dejaran accesibles al ataque.

Las plazas fuertes no se construyen para que no puedan ser tomadas.

Si para defenderlas fuera indispensable un ejército auxiliar, no se hubieran defendido Constantinopla y Tenochtitlán con el heroísmo que lo hicieron, y tantas otras plazas fuertes que se inmortalizaron por su resistencia.

En la historia contemporánea tenemos en España, Zaragoza, Gerona, Tarragona y otras; y en América, Cartagena, Valencia, y Cochabamba en el Sur; y Cuautla, Zitácuaro, y los fuertes de Cópore, San Gregorio y el Sombrero en nuestra patria, durante la guerra de Independencia.

Después, se sostuvieron Monterrey y Veracruz en la *Invasión americana*; Veracruz y Guadalajara en la guerra de Reforma, y por último, Querétaro, Puebla y México en los últimos días del Imperio.

Es cierto que sin un ejército auxiliar, capaz de hacer levantar el sitio, el destino de las plazas es sucumbir, siempre que el sitiador cuente con los medios necesarios para el caso.

Pero, entre tanto, han detenido la marcha victoriosa del enemigo, obligándolo á perder tiempo, hombres y dinero, dando lugar á que el país invadido se ponga en estado de defensa para poder continuar la campaña, ó *en espera de acontecimientos que hagan cambiar las condiciones de la guerra.*

Por lo que hace á la pérdida del material en la parte más importante, que consistía en la artillería de plaza, tenía inevitablemente que perderse, bien fuese por la rendición ó por la evacuación.

Pero en el primer caso, al enemigo le costaría caro adquirirla, mientras que en segundo la adquiriría de balde. Hay que añadir que si por temor de perder el material de guerra, no habían de defenderse las plazas, era excusado construirlas y artillarlas.

También debe notarse que perdido México, en nin-

guna parte de la República se encontraría una provisión de elementos de guerra como la que se perdiera.

La idea de que en campaña el ejército podía aprovechar mejor el material de guerra y operar más ventajosamente, era una idea falsa.

Antes de un año de la evacuación de la Capital, la mayor parte de la artillería estaba perdida, y las tropas dispersas.

Uruga en Morelia, Negrete en San Luis, y después Doblado en Matehuala, habían sido derrotados, dejando en el campo sus cañones. Y ni siquiera fueron derrotados por los franceses, sino por sus aliados. ¿No hubiera sido más glorioso para nuestras armas, y más perjudicial para el invasor, que aquellas tropas hubieran sucumbido defendiendo la Capital?

La única artillería que por entonces se salvó, fué la que el Gobierno mandó desde San Luis para Chihuahua, si bien después la perdió en Majoma el General González Ortega; y la que el que subscribe condujo á Matamoros, y fué entregada con la plaza al enemigo, por D. Juan N. Cortina.

Por lo que hace á la escasez de víveres, creo que había exageración, porque en la Capital siempre existen cantidades considerables en los almacenes particulares. Las guerrillas que podían impedir su entrada habían disminuido yendo á incorporarse á los franceses, y el Gobierno contaba con fuerzas de sobra, ya verificada la concentración, para alejar las que quedaban y proteger la entrada de subsistencias. La harina principalmente, que es la base de la alimentación, hubiera producido buen acopio, puesto que los molinos se hallan á las goteras de la ciudad, de donde era fácil tener alejados á los guerrilleros.

Aquí debo llamar la atención, que cuando el General Díaz puso sitio á México, la población no pudo haber hecho preparativos ningunos para abastecerse, como efectivamente no los hizo, porque los sucesos de la campaña fueron tan rápidos é inesperados, que no dieron lugar para nada.

No obstante, con las solas existencias de los almacenes particulares, se pudo soportar un sitio de dos meses.

No comprendo por que no pudo suceder otro tanto cuando la Invasión.

Me parece demostrado que la Capital pudo y debió defenderse á todo trance, no existiendo en ella el Gobierno, que hubiera servido de obstáculo.

Quedan, pues, ahora por estudiar los móviles que determinaron la evacuación.

En este estudio, en que no entrarán los elementos militares con que se contaba, deberán tomarse en cuenta la ingerencia que las pasiones habían de tener en la dirección de la campaña, y en general en las disposiciones del Gobierno.

Acababa el país de pasar por la terrible revolución de la Reforma, en la cual es constante que el Gobierno, encerrado en Veracruz, poco podía hacer en la organización de las tropas que operaban á largas distancias, en el interior del país, con difíciles comunicaciones con el puerto.

Tampoco era posible que el Ministro de la Guerra pudiera ordenar y dirigir las operaciones de la campaña, si no era en un radio muy limitado de acción.

Resultaba de aquel estado de cosas, que aquellos hombres que gozaban de prestigio en los Estados, se convertían en caudillos de las masas que combatían por la Libertad: las organizaban como mejor podían, las armaban y mantenían, viviendo sobre el país cuando era necesario; daban decretos, expedían patentes de Generales, Jefes y Oficiales, nombraban autoridades civiles y empleados de hacienda, en fin, ejercían todos los actos de la soberanía.

El Gobierno establecido en Veracruz aceptaba aquellos hechos consumados, que por otra parte no le era posible remediar; aunque no dejaban de inquietarle los celos por el prestigio que aquellos caudillos pudieran adquirir en la guerra.

Don Juan Alvarez en el Sur, Degollado y Huerta en Michoacán, Ogazón en Jalisco, Doblado en Guanajua-

to, González Ortega en Zacatecas, Patoni en Durango, Garza en Tamaulipas, Vidaurri en Nuevo León y Coahuila, y otros de menor importancia, hacían cada uno la guerra por su cuenta, asociándose algunas veces dos ó más, con excepción de Degollado, á quien la mayor parte de ellos obedecían y respetaban.

Todos estos caudillos, impulsados por un ardiente patriotismo, haciendo á un lado las aspiraciones que cada uno pudiera tener, reconocían al Gobierno establecido en Veracruz, como lazo de unión, necesario para el más pronto triunfo de la revolución.

Empero, la conducta de Don Santiago Vidaurri manifestó bien claro que se hallaba poseído de una audaz ambición; pero los demás caudillos, manteniéndose unidos, lograron nulificarlo por algún tiempo.

Cuando triunfaron los liberales, apareció en primer término D. Jesús González Ortega, vencedor de los reaccionarios en Guadalajara, Silao y Calpulalpam, quien ocupó á México y lo entregó á D. Benito Juárez.

Estos triunfos atrajeron al caudillo muchos prosélitos, y su naciente popularidad lo elevó á la candidatura de la Suprema Corte de Justicia, que obtuvo después.

Naturalmente, el Gobierno, que se preocupaba mucho de su permanencia en el poder, veía con marcado disgusto la popularidad de González Ortega, en quien creía tener un rival. Así fué que las relaciones entre aquellas dos entidades dejaron pronto de ser cordiales, produciendo un rompimiento que obligó á Ortega á retirarse á Zacatecas.

Cuando la *Intervención*, después de la muerte de Zaragoza, la opinión pública designó al General González Ortega, que había conducido una brigada de Zacatecas y ya era Presidente de la Suprema Corte, para mandar la plaza de Puebla, cosa á que tuvo que acceder el Gobierno.

D. Santiago Vidaurri, que había vuelto á ser una potencia en Nuevo León, acogió á D. Ignacio Comonfort que volvía de los Estados Unidos; y con el pretexto de pacificar el Estado de Tamaulipas, que se hallaba en re-

volución, puso á sus órdenes algunas fuerzas de su Estado, nombrándolo Gobernador y Comandante Militar de Tamaulipas, en donde fué acogido con frialdad, á causa del golpe de Estado, que puso en manos de la *Reacción* casi todos los elementos de guerra con que contaba el partido liberal.

El Gobierno, temiendo á Vidaurri, se dejó imponer á Comonfort, con quien no podía tener más que sentimientos antipáticos, tanto por el golpe de Estado, como por la prisión que hizo sufrir á D. Benito Juárez.

Comonfort, con poca cordura, comenzó á recibir entre sus tropas á sus amigos personales, algunos de los cuales habían servido á la *Reacción*; y olvidando el fracaso horrible que había sufrido el golpe de Estado, creyó todavía que su *política conciliadora* era la mejor, y que aun contaba con gran popularidad, albergándose en su corazón la esperanza de volver á subir al alto puesto de que él mismo se había precipitado. Los que formaban su séquito lo halagaban robusteciendo sus ilusiones, y él, por el ansia de llegar pronto á la Capital, poco se ocupó de la instrucción de las tropas.

Pero el Gobierno no ignoraba lo que ocurría en San Luis Potosí, y no atreviéndose á quitar el mando á Comonfort, que no hubiera sido tan difícil, lo toleró como un mal necesario; pero siempre mirando en él un rival de que debería cuidarse.

Lo expuesto demuestra que para el Gobierno, tanto González Ortega como Comonfort, eran vistos con recelo y tenidos por sospechosos; y como los franceses daban á entender en sus proclamas y en otros documentos que *tratarían con cualquiera que no fuera D. Benito Juárez*, y aun á González Ortega le hizo Forey algunas insinuaciones sobre el particular, que él naturalmente rechazó, la desconfianza del Gobierno aumentaba, temeroso de que alguno de los Generales se arreglara con los franceses y lo suplantase.

A cualquiera se le ocurriría que la proposición de los franceses no tenía más objeto que dividirnos, porque persuadido Napoleón de que su empresa había de pro-

ducir grandes resultados políticos para la Francia y ventajas personales para él y sus adictos, estaba bien resuelto á llevar adelante el plan que tanto había meditado, comprometiendo tantos intereses. Por consiguiente, no habría desistido de él, aun cuando se le hubieran otorgado todas las pretensiones absurdas que exigía en su ultimátum.

Desgraciadamente, el Gobierno no quiso convencerse de esta verdad, y en lugar de hostilizar sin descanso al ejército francés, hasta causar su ruina, se dejó adormecer con la esperanza de un tratado, quitando los obstáculos que detenían en su marcha al enemigo, facilitándole la llegada á la Capital.

Todavía al ser esta evacuada, algunos de los que rodeaban al Señor Juárez creían que los franceses tratarían con el Gobierno, satisfechos ya en su orgullo militar, decían, con la ocupación de México, pues que *no querían ser menos que los americanos*.

Parece increíble que hombres de talento, que gozaban la reputación de hábiles políticos, fueran capaces de semejantes puerilidades.

Por lo que va expuesto puede inferirse cuan defectuosa debía de ser la organización del Ejército, en donde bullían tantos sentimientos encontrados y tantas pasiones. El Gobierno contribuía al desorden, porque con distintos pretextos mandaba agentes que estuviesen al tanto de la conducta, y si fuese posible, de los pensamientos de los Generales, valiéndose para esto, también de algunos Jefes de alta graduación que estuvieran cerca de ellos.

En resumen, puede asegurarse que tanto temía el Gobierno el triunfo de nuestras armas como el de las francesas.

Alguno ha dicho que el Señor Juárez pretendía nulificar tanto á González Ortega como á Comonfort, *lo mismo que á todos los que le hiciesen sombra*, cosa que sus admiradores han aplaudido como prueba de su gran genio, sin considerar que á ser eso cierto, obraba con grave perjuicio de la Nación.

Si tal designio existía, no hay duda que el Sr. Juárez consiguió su objeto, obrando de manera, que se consumió la ruina del Ejército de Oriente, faltando poco para que sucediese lo mismo con el del centro.

Cuando se trató de defender á la Capital, subsistían las mismas causas para mantener la desconfianza y celos del Gobierno.

Dejar á la ciudad á merced de un General que podía derribarla, tratando con el enemigo, ¿no era un grave peligro?

Y si el General, por uno de esos accidentes que ocurren en la guerra, obtuviese un triunfo, ó por lo menos, hiciese una defensa tan brillante que excitara el entusiasmo nacional, ¿no sería acaso un peligro mayor?

En semejante dilema, la mejor solución era abandonar la Capital; aunque para esto era menester hacer las cosas de manera que la opinión pública, sorprendida, fuera impotente para manifestarse.

Las hipótesis que llevo asentadas se deducen de la conducta que observó el Gobierno respecto de la defensa de la Capital.

Desde luego, cuando Puebla quedó cercada y destinada á sufrir la suerte que le cupiera, el Gobierno debería haber dedicado todos sus esfuerzos á preparar y perfeccionar la defensa de México, para lo cual tuvo dos meses de que disponer.

Con decretos conminatorios, con visitas domiciliarias, apelando á todos los recursos que proporciona el estado de sitio, que desde luego debía haberse proclamado, se hubiera hecho una rigurosa requisición de armas de todas clases, calibres y modelos, tanto en los almacenes del comercio, como en las casas particulares, exceptuando, por supuesto, aquellas armas de lujo que no sirven para la guerra.

Fabricar pólvora y municiones en gran cantidad, cosa que han hecho nuestras ciudades durante las revoluciones, aun bajo los fuegos del enemigo.

Aprovisionar las fundiciones de fierro y bronce que existían en la Capital para la confección de los proyecti-

les para la artillería, que respecto al fierro no había de faltar.

Entusiasmar á la juventud, enrolándola para formar batallones que serían llamados en el momento oportuno.

Hacer que el bello sexo contribuyese también á la defensa, construyendo vestuarios para la tropa, sacos á tierra para la fortificación, é hilas y vendas para los hospitales.

Por último, ejercer una gran vigilancia contra los traidores, castigando sin compasión ni miramiento de ninguna clase á los que resultaran culpables, cualquiera que fuese su categoría.

Proteger, desde entonces, la introducción de subsistencias, y no esperar, para pensar en esto, á que se rindiese Puebla.

Además, que para impedir la entrada de víveres á una plaza, es necesario que ésta se halle perfectamente cercada, disponiendo el sitiador de cuerpos volantes para evitar toda comunicación.

Es evidente que las guerrillas que pudiesen hostilizar á México, no se hallaban en este caso, y también es verdad que pagándoles cierta contribución, los dueños de los efectos obtenían el libre paso.

Por lo que hace al Ejército del Centro, no debía comprometerse en nada serio, limitándose á mandar pequeñas partidas de día y de noche, que marchando ocultamente, cayesen de improviso por diferentes rumbos sobre el campo enemigo, retirándose precipitadamente después de hacerles algún daño.

Cuando Puebla sucumbiera, el ejército se retiraría á la Capital, para formar el núcleo de la resistencia.

Respecto al Ejército de Oriente, cuando ya no pudiera continuar la defensa, procuraría abrirse paso, y lo que de él se pudiera salvar, se replegaría á México.

Pero nada de esto se hizo, y la Ciudad no se preparó debidamente para la lucha.

No obstante, si en vez de someter á una discusión casi pública, en la que no solamente tomaban parte los militares, la cuestión de la defensa, el Gobierno hubiera

dispuesto resueltamente la resistencia, nombrando un General competente, y dejándole sus instrucciones, se hubiera alejado de la Capital; es casi seguro que los franceses no se habrían movido de Puebla, pues no es de suponer que después de un largo y penoso sitio, con los consumos y pérdidas consiguientes, en el personal y en el material de guerra, emprendieran inmediatamente otro sitio más dificultoso, prolongando su línea de operaciones y dejando á retaguardia sus almacenes y hospitales; expuestos á hallar una resistencia más enérgica, cuando la estación de las aguas estaba encima y las inundaciones del Valle podían si no paralizar, sí entorpecer sus operaciones.

Debían también contar con que mientras durase el nuevo sitio, las guerrillas que se organizaran á su espalda cortarían en mil partes su extensa línea, manteniendo en constante alarma á los destacamentos que la cubrieran y causándoles pérdidas de consideración.

Que no habían de precipitarse en acometer semejante empresa, lo prueban la calma y circunspección con que avanzó el ejército francés de Orizaba á Puebla, y los grandes preparativos de víveres y forrajes que hizo, cosa que seguramente no tenía improvisado al ocupar la última ciudad.

Pero las noticias alentadoras que recibía el enemigo de sus partidarios, que se introducían por todas partes para imponerse del estado de los ánimos en las altas regiones, y que comprendían que el Gobierno no tenía ganas de que la Capital se defendiera, lo determinaron á moverse de Puebla.

No obstante, sus operaciones más bien parecían ser simplemente de observación que producto de un plan decisivo; y el General Forey permanecía tranquilo en su conquista, sin duda en espera de lo que podría acontecer en México.

Mas al saber el Gobierno el movimiento de los franceses, ya debía tener resuelto el grave problema de la defensa ó de la evacuación.

En el primer caso, después de dejar sus instrucciones al General que nombrase, tenía que abandonar la ciudad en tiempo oportuno, con calma, con serenidad, sin causar desórdenes ni alarmar la población. Dejaría un manifiesto dando cuenta de la causa de su marcha, que no sería otra que dejar expedita la defensa, mientras iba al Interior á levantar nuevas fuerzas para seguir la campaña.

En el segundo caso, también debió con tiempo abandonar la ciudad, dejando al cuidado del *Gobernador* ó General en Jefe, el orden y modo con que la evacuación había de verificarse, sin que la tranquilidad pública se perturbara, evitando toda clase de atropellos á los ciudadanos.

Pero nada de esto se hizo, y mientras por una parte se aparentaba deseo de que hubiera defensa, por otra se hacían correr noticias desconsoladoras respecto á los pocos medios con que se contaba para ello; de manera que el pueblo, lleno de confusión, no sabía á que atenerse.

No puede haber duda de que el Gobierno debe de haber tenido noticias oportunas y fidedignas de los movimientos del enemigo, y por lo tanto, no debía ignorar que el General Berthier había salido de Puebla el veintiuno de Mayo, habiéndolo verificado antes las fuerzas de Márquez con dirección á la Capital.

¿Por qué, pues, no hizo cerrar las cámaras, citándolas para alguna ciudad del interior, como sucedió cuando los Americanos, y el mismo Gobierno no se puso en marcha, dejando que en México se cumplieran las órdenes que hubiese dejado?

No pensó, ó más bien no quiso pensar en ello, sino que esperó á que los sucesos se precipitaran, para producir el pánico, y al grito de *sálvese el que pueda*, se produjera el desorden más espantoso que se pueda imaginar.

A medio día del treinta y uno de Mayo, circuló la noticia de que el Gobierno se iba y que el ejército evacuaría la ciudad.